



*ALEJANDRO MARROA*

# **Pies desnudos de una irlandesa**

**Muestra**

ALEJANDRO MARROA

# Pies desnudos de una irlandesa



© Obra: Pies desnudos de una irlandesa

Primera edición: Diciembre, 2022

© Autor: Alejandro Marroa

ISBN: 978-84-19310-64-4

Depósito Legal: M-27800-2022

Maquetación: Jesús Navarro Bravo

© Editado por Vision Libros [www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid, España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)

[www.visionnet-libros.com](http://www.visionnet-libros.com)

Disponible en librerías físicas y online.

*Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.*

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.es](http://www.cedro.es) o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

## PIES DESNUDOS DE UNA IRLANDESA

---

Un mantón blanco celestial cubría todos los caminos que cruzaban por aquel pueblecito irlandés de gentes pelirrojas y tececs pálidas. Kilcoole llamaban a aquel lugar donde hacía algo más de dos meses convivía con la señora Downes. Una señora que no había tenido hijos y que, sin embargo, siempre estuvo rodeada de niños —en el colegio donde enseñaba y también en su propia casa—.

Todos la conocían como Roisin. Destacaba por su larga figura, sus andares desgarrados y, sobre todo, por su candidez y buena disposición para todo tipo de labores. Ella decía que siempre había que estar ocupada, daba igual en qué. Era

de mirada franca, de una franqueza que se acentuaba cuando sonreía y lucía dos hileras de dientes desiguales, unos vencidos para acá y otros para allá. En el pueblo, la adoraban. Yo también, sin comprender muy bien la razón. Aunque hacía poco tiempo que convivía con Roisin, cuando hablaba con otras personas me refería a ella como «mi madre». Y en cierto modo, lo era.

Roisin no llevaba un estilo de vida corriente. Cada seis meses, vivía con un huésped distinto en su casita adosada con jardín delantero. Alternaba un niño de familia acomodada con otro de familia humilde, de tal manera que al primero lo mantenía, educaba y enseñaba inglés a cambio de una retribución y, transcurridos seis meses, acogía de forma gratuita a un niño pobre otros seis. Las familias pudientes conocían esta fórmula y donaban un dinero extra a Roisin para poder ayudarla en su generosidad.

En la casa se desayunaba, comía y cenaba todos los días a la misma hora, y se hacía sin excesos. Debías levantarte de la mesa con la sensación

de poder comer un buen pedazo de pan más. Era una lección para la conciencia. Bastante lujo, decía Roisin, era poder sentarse tres veces a la mesa en el día. Ella aseguraba que la disciplina conducía al equilibrio y el equilibrio, a la satisfacción personal.

Se despertaba cada día a las cinco y media y bajaba a la cocina-comedor a encender la chimenea. Una hora más tarde, servía el desayuno. Siempre era lo mismo: una papilla muy dulce de leche caliente mezclada con copos de avena y una buena cucharada de miel. A las siete en punto, salía de casa rumbo a su trabajo de media jornada en el colegio del pueblo.

Roisin era una mujer dinámica y siempre encontraba alguna excusa para salir a la calle. A retirar la nieve del caminito de entrada a la casa con una pala, a tirar la basura (cosa que hacía a menudo para no contrariar a su fino olfato), al mercado a por la compra diaria, a tomar el té de las cinco de la tarde con las vecinas y por cualquier otro motivo medianamente justificado. Todas estas entradas y salidas en pleno in-

vierno, en el fondo, no hubieran tenido nada de particular de no haber sido por un solo detalle: siempre lo hacía con los pies descalzos. Jamás la veía calzada, ni dentro ni fuera de casa.

Aquel comportamiento me subyugaba. ¿Sería parte de su frugal estilo de vida? También se me ocurría que quizá fuese alérgica al calzado, aunque, cuando me detenía a pensarlo, se me antojaba una idea ridícula. La gente del pueblo no parecía sorprenderse por ello. Tal vez todos supieran el porqué, sin embargo, a mí, que me traía loco de curiosidad, me daba apuro preguntar por miedo a ofenderla.

Un día, me llevó a ver un partido de fútbol entre Kilcoole y el pueblo de al lado. Llovía y el campo de tierra estaba encharcado. Vimos el partido de pie, pegados al borde del campo, yo con los zapatos cubiertos de barro y ella con los pies hundidos en aquella masa marrón empapada. Ni siquiera en ese momento que tanto me impresionó me atreví a hacer un comentario sobre sus pies descalzos. Confiaba en que, en los